

CARTELLI DI ESNESE

X

LA ULTRAPATIANA

LA ULTRAPATIANA

—Aquí donde me ves tan desgraciado— me decía Juan muy formal y muy triste,— has de saber que he estado á cuatro pasos de la dicha; á cuatro pasos, como te lo digo, de ser el hombre más feliz y más afortunado de la tierra.

Fué una cosa de esas que suceden una vez en la vida... Que se nos presenta la fortuna al alcance de la mano, como quien dice, y por negligencia, por ligereza de juicio ó por falta de constancia la dejamos escapar, y no vuelve.

Sí; por aquella negligencia y aquella falta de constancia de que nos arguye el antiguo refrán que dice: «¿á la primera azadonada queréis sacar agua?»; por esa negligencia y esa falta de constancia y esa ligereza imperdonable, ha sido un árido desierto mi vida. Si hubiera dado un par de azadonadas más, hubiera encontrado el manantial clarísimo y abundante que me la hubiera convertido en un oasis delicioso...

Le pasó á este infortunado amigo tuyo lo que á la mona de la fábula, que arrojó el exquisito fruto del nogal en cuanto sintió que amargaba por fuera...

Verás qué historia más triste...

Hacía cosa de un año que había vuelto yo á Madrid después de la guerra y de la emigración subsiguiente, y para consolarme de las desilusiones, contrariedades y desengaños que acababa de sufrir, para ver de endulzar de algún modo las amarguras de la derrota, estaba resuelto á casarme.

Debo advertirte que, según me decían mis amigos y según á mí también me parecía, modestias aparte, me hallaba en excelentes condiciones para ello.

Frisaba en los treinta años; era á la sazón el escritor más leído y loado, el poeta de moda; no había sesión de la Juventud Católica, á cuyos salones acudía por entonces en són de protesta antirrevolucionaria lo mejor de Madrid, en que no se recitaran mis versos, recibidos siempre con atronadores aplausos; el periódico en que escribía era el que se buscaba y se leía primero en las redacciones de los demás, aun de los de ideas más opuestas á las mías, y las agudezas mortificantes de la sección que en él me estaba encomendada, y que á pesar del anónimo se me atribuía pú-

blicamente, eran celebradas y repetidas y comentadas regocijadamente por todas partes, lo mismo entre los muchachos de la Universidad, que en los corrillos de los políticos, que en las tertulias de la nobleza... En éstas, además, con verdadero orgullo de clase.

El alto cargo que había desempeñado con lealtad y lucimiento en el campo *rebelde* me daba cierta respetabilidad, aun entre los enemigos, y el mismo vencimiento, sufrido sin culpa y aceptado con dignidad, me servía de aureola simpática.

—Usted puede hacer una gran boda—me solía decir mi director espiritual, el padre Alba, que era un bendito;—se puede usted casar aunque sea con una princesa.

Lo cual, descontando la hipérbole, y dando su verdadero sentido á la frase, quería decir que podía aspirar á una excelente colocación; y nada más cierto.

Como tenía que frecuentar las reuniones aristocráticas, conocía ya, en muchachas casaderas, lo más florido, casi todas las de familias buenas y bien acomodadas.

Hago expresa mención de esta cualidad última, porque, aun cuando no era la principalmente intentada, no la quería tampoco desatender en absoluto; pues por lo mismo precisamente que, fracasado mi ideal político, me hacía cuenta de no ocupar ya jamás ninguna de las brillantes y pingües posiciones

oficiales á que antes me creyera llamado, quería que la mujer á quien había de unir mi suerte estuviera regularmente dotada, de modo que, entre lo que ella me trajera y lo que yo ganara, reuniéramos lo suficiente para poder soportar sin angustia las cargas del matrimonio.

Yo no creo, ni he creído nunca, que deban casarse solamente los ricos; pero he creído siempre que los que se casan sin los medios de subsistencia proporcionados á su clase y estado, no saben lo que hacen, no proceden con la reflexión y la cordura propias de seres racionales en asunto de tan trascendental importancia, y se exponen á hacer infelices á sus hijos, si Dios quiere dárselos... Porque el hijo de un jornalero puede ser jornalero también; pero el hijo de un señorito, que no tiene de qué vivir, casi no puede ser más que un perdulario...

—Perdóneme esta digresión—dijo Juan,— y vuelvo á la historia.

Iba diciéndote que conocía en Madrid casi todas las muchachas casaderas más aceptables, conocimiento que respecto de algunas era de fecha muy reciente, de aquel mismo invierno; pero respecto de otras, databa ya de diez ó doce años atrás, de cuando era estudiante, que iba ya á los bailes y reuniones del gran mundo. Verdad es que las muchachas de aquella época me iban pareciendo ya

un poco viejas para mí, á pesar de ser mis contemporáneas.

A un hombre de treinta años, me decía yo, le corresponde una mujer de veinte, según la fórmula que dice: edad de la mujer, igual á la mitad de la del varón, más cinco años... Que es la misma fórmula de la pubertad, porque 12 (pubertad de la mujer) $= 7$, mitad de 14 (pubertad del hombre), $+ 5$...

Aunque te he dicho que conocía á casi todas las jóvenes de viso, había tres ó cuatro (y por eso puse el casi) á quienes conocía de referencia, por haber oído hablar de ellas con elogio; pero no de trato ni de vista, porque no iban á bailes, unas por estar de luto, otras por desacuerdo con las costumbres corrientes ó por escrúpulos de conciencia.

De la hija de los marqueses del Abedular me hablaba mucho un compañero mío de fonda, amigo de sus padres, que solía comer en su casa un día á la semana. Era, según él, una muchacha de gran discreción y virtud, de claro entendimiento, de carácter dulce y sencillo, y que, sin ser lo que se dice hermosa, resultaba muy agradable. No iba aquel año á reuniones porque estaba de luto por su único hermano, fallecido hacía poco.

De Anita Almaraz, hija de unos señores ricos de Trujillo, que habían trasladado recientemente su residencia á la corte, también había oído hablar, con grandes ponderacio-

nes, de su hermosura y de su piedad, pero tampoco había tenido ocasión de verla.

Lo mismo me pasaba con la condesita de Santibáñez, de la que también había oído hablar mucho.

—Es la mejor novia de Madrid—me solía decir mi compañero de visita á los pobres de la Conferencia de San Vicente,—por más que no brilla en el mundo, ni acaso haya usted oído hablar de ella...

—Sí; hablar de ella sí he oído hablar—le decía yo;—pero no la conozco, no la he visto por ninguna parte.

—Se la ve poco—añadía él,—es decir, no se la ve nunca en paseos de lujo, ni en teatros, ni en fiestas. Únicamente en las cuarenta horas por las tardes, ó por las mañanas en misa, adonde suele ir con su madre, vestidas ambas con sencillez y modestia. Pero es inmensamente rica y, lo que vale más, sinceramente buena, muy virtuosa y bastante guapa.

Análogas ponderaciones había oído hacer á otros amigos hablando de la baronesita de Monreal, que también vivía retirada con su madre, también tenía una cuantiosa fortuna y también era, según contaban, muy bien parecida y sinceramente piadosa...

Cuando oía hablar con tal encomio de alguna de estas jóvenes, me entraba curiosidad de conocerla; pero luego se me iba pasando,

y ya no me volvía á acordar hasta que oía hablar de ella otra vez. No encontrándolas de casualidad, como quiera que ya conocía tanto y tan bueno donde escoger, no me tomaba la molestia de buscarlas, tratando más bien de fijarme y decidirme por alguna de las que conocía.

Así estaban las cosas, cuando una mañana, al ir á la redacción del periódico, no desde la fonda, como de ordinario, sino desde casa de un amigo con quien había tenido que tratar un asunto, entré á oír misa en la iglesia de San Sebastián, que me cayó al paso. Empezaba la de las diez y media, y me puse á oirla. Poco después del alzar, habiéndose acabado otra que estaba ya al medio cuando yo había entrado, se levantó del sitio que ocupaba, y vino á colocarse cerca de mí, una señorita con la cabeza graciosamente envuelta en una mantilla de encaje y el cuerpo enfundado en un vestido de lana pardusca, como los hábitos de los frailes franciscanos, ceñido con un cordón parecido también á los que usan los frailes; y arrodillándose frente á una imagen de San Antonio de Padua, se puso á rezar devotamente.

Era de regular estatura, más bien baja que alta, delgada y fina de cuerpo, de manos blancas y menudas, de ojos negros con mirar ex-

presivo y dulce, y de rostro... no me atreveré á decir hermoso, pero intensamente simpático.

Después de rezar un poco leyó en un libro; después volvió á rezar, y, concluído su rezo poco antes de que concluyera la misa que yo oía, salió de la iglesia, acompañada de una señora algo más bajita, dejándome con cierta curiosidad de saber quién fuese.

Por supuesto, que desde que se vino á rezar á mi lado hasta que se marchó, casi no la quité ojo, y también ella, al levantar alguna vez los suyos del libro para fijarlos en el santo, ó al bajarlos del santo para volver á posarlos en el libro ó clavarlos humildemente en el suelo, me echaba alguna que otra mirada furtiva.

Al día siguiente, al ir de la fonda á la reedacción, en vez de entrar á oír misa, como tenía por costumbre, en la iglesia de las Calatravas, que estaba al paso, me fuí de exprofeso á la de San Sabastián, procurando llegar á la misma hora que el día anterior, y volví á encontrar allí á la niña del hábito pardo, la cual también, al concluirse la misa que oía, vino á arrodillarse delante de San Antonio y le hizo su rezo, que debía de ser una novena, igual que el primer día, mirándola yo constantemente y mirándome ella con más frecuencia y menos disimulo que el día antes.

Cuando, concluídas sus oraciones, salió de la iglesia en compañía de la misma señora del primer día, que por ciertos rasgos fisonómicos me pareció que debía de ser su madre, salí detrás decidido á seguirlas.

Tomaron la calle de las Huertas, que siguieron hasta el cruce con la de León, muy despacio desde que advirtieron que iba yo detrás, parándose á mirar los escaparates de las tiendas, como para cerciorarse de si iba siguiéndolas ó iba porque diera la casualidad de que fuera aquél también mi camino. Cuando estuvieron seguras de lo primero, pues siempre que se paraban ellas me detenía yo también, continuaron andando á buen paso, volviéndose la niña alguna vez á mirarme con una mirada como de gratitud y de aliento.

Al llegar á la calle de León, echaron por ella hacia la izquierda hasta encontrar la de Lope de Vega, que tomaron y siguieron resueltamente hasta la casa número 7, donde entraron.

Era una casita baja, de humilde apariencia, y esto ya empezó á disgustarme; pero reaccioné en seguida, pensando que sería suya propia la casa, y que el piso principal, bien amueblado, podría ser una habitación cómoda y elegante.

Toda esta ilusión se vino abajo inmediatamente.

Porque habiendo apretado el paso para colocarme frente al portal, antes que desaparecieran por la escalera, vi que no tomaron ésta, que estaba á la derecha, sino que siguieron de frente, salieron al patio, atravesaron éste, que no era muy grande, y entraron por una puertecita que había al otro lado como para cuartos interiores.

Se me cayó el alma á los pies; y aunque la niña al atravesar aquella puerta ignominiosa me echó una postrera mirada más halagüeña y dulce todavía que las anteriores, la dije mentalmente: «No: hasta aquí llegó mi amor, es decir, hasta el patio; más allá no pasa». Y me fuí hacia la redacción del periódico pensando amargamente: «¡Pero cuánta farsa y cuánta farándula hay en este Madrid! Esta niña tan modosita y tan mona, de tipo tan fino y delicado de andar, tan elegante vestida, con modestia admirablemente hermanada con el buen gusto, cualquiera creería que era alguna condesa... Y, por lo visto, será hija de algún empleado de cinco mil reales, ó acaso de algún cesante que no tendrá más que el día y la noche... ¡Cuando vive en un cuarto interior de la calle de Lope de Vega, que costará cuatro duros mensuales ó cinco, cuando mucho!... ¡Ya, ya! ¡Para que uno se fíe de apariencias!...»

A otro día ya no volví á misa á San Sebastián; pero volví á pensar más de una vez en la niña del vestido pardo, cuyas dulces miradas, y muy especialmente aquella última, me habían llegado al corazón, y seguían trabajando sobre él y ablandándole y cautivándole...

«¿Por qué no he de volver á verla?—me decía yo;—¿qué pierdo por volver á seguirla?... Podría ser que no vivieran allí y hubieran entrado casualmente... Mas ¿á qué habían de haber entrado?... Pero ¿quién sabe?...

En fin, que para asegurarme más en mi determinación de abandono absoluto, ó rectificarla si hubiera motivo, á los cinco ó seis días de retraimiento volví otra vez á San Sebastián á la misma hora. Y las volví á encontrar allí á la hija y á la madre, produciendo en ellas mi reaparición alegría visible.

Digo en *ellas*, porque ambas se alegraron, y á las dos las conocí la alegría en el semblante, y porque después de oír misa, al salir detrás de ellas á la calle, no sólo la niña me miraba sin reserva alguna, bañándome tranquilamente en miradas francas y afectuosas de verdadero cariño, sino que su madre me miraba también, no con aquella curiosidad hostil con que suelen mirar las madres á un pretendiente extraño, sino con el agrado con que pudiera mirar á un antiguo conocido.

Seguíalas yo, encantado de aquella amabilidad, forjándome ilusiones de que habría

sido casual la entrada en aquella casucha y de que vivirían en otro lado, pues aquella distinción y aquella fina sencillez denunciaban claramente... etc., etc. Pero llegó el desencanto muy pronto... tan pronto como llegaron ellas á la calle de Lope de Vega, pues la siguieron como la otra vez, y llegaron á la casa número 7 y entraron en el portal, y le atravesaron y salieron al patio, y le atravesaron también, y se perdieron de vista por la puertecita de los interiores.

Anduve paseándome por la calle, sin perder de vista la puerta de la casa, como media hora, á ver si salían; pero no salieron. Se me ocurrió preguntar quiénes eran á un zapatero remendón que trabajaba en el portal, y que sin duda desempeñaba al mismo tiempo la portería; pero rechacé la ocurrencia como inoportuna, porque la pregunta me pareció excusada y... algo denigrante... ¿Qué me importaba á mí que fueran quienes fuesen?... Era indudable que vivían allí, y era indudable, por consiguiente, que eran unas pobres infelices...

En los primeros días siguientes me acordaba mucho de la niña del hábito pardo, y de lo que más me encantaba en ella... aunque, en rigor, me encantaba todo; no solamente las miradas dulces, sino el modo de andar, el

modo de ponerse la mantilla, la manera de abrir el libro, la manera de coger el rosario, y hasta la manera de mover los labios cuando rezaba.

El corazón estaba ya tan interesado por ella, que la quería, pobre y todo, y se defendía con denuedo en su querencia; pero la razón, la fría razón, ayudada de la vanidad, de la soberbia, del orgullo y de otros auxiliares más ó menos innobles, rechazaba severa é indignada sus defensas y sus solicitudes como pecaminosas debilidades.

Temeroso de no poder resistir á los legítimos deseos del corazón, determiné ponerla en ridículo, no sólo ante mi juicio propio, sino también ante mis amigos y compañeros, á quienes conté la historia con todos los detalles del hábito, de las miradas dulces, de las elegancias *exteriores* y de la vivienda *interior*, al otro lado del patio.

Como á mí me llamaban los periódicos enemigos *ultramontano*, por mis ideas de católico intransigente, y yo sabía que á los primeros que llevaron este apodo se les aplicó porque vivían más allá ó al otro lado de los montes, la dí en llamar á ella *ultrapatiana*, porque vivía más allá del patio.

Les hizo gracia el mote á mis amigos, y siempre le usaban para preguntarme por ella cuando querían darme broma.

—¿Qué tal la *ultrapatiana*?—me decían.

—No la he vuelto á ver—les contestaba yo desdeñosamente.

Y luego hacían conmemoración de los detalles que les había contado, y se reían mucho; y... es claro, así no podía yo volver á pensar seriamente en ella, porque se burlarían de mí y me pondrían en ridículo, y herirían mi amor propio con las armas que yo mismo les había dado...

Así concluyó todo... así fuí dejando de pensar en ella, y abandoné por completo aquel rastro de mi felicidad, tan sin razón como suelen abandonar muchas veces el que han seguido en busca del autor de un delito los jueces de primera instancia.

Algún tiempo después, tras de mucho dudar y mucho pensarlo, entré en relaciones con una hija de la vizcondesa del Alcor, que me resultó orgullosa y pobre, y que con embelecocos y roderías me tuvo entretenido once años, hasta que se hizo vieja... y yo, figúrate...

Y aquí me tienes hecho un desgraciado... el hombre más desgraciado de la tierra.

—Eso es mucha exageración — le dije á Juan; — pero bueno, ¿cuándo fué cuando estuviste tan cerca de ser feliz? ¿No me decías al empezar que habías estado á cuatro pasos de la dicha? ¿Quién era la dicha?

—La *ultrapatiana*... ¿No sabes quién era la *ultrapatiana*?

—No... ¿quién era?

—La condesita de Santibáñez... la mismísima condesa de Santibáñez, á quien yo deseaba conocer y de quien había oído tan buenas referencias, tantas alabanzas y ponderaciones.

—¿Y vivía en aquel casucho?

—No, no vivía allí, sino en un suntuoso palacio de la calle de Atocha... Allí entraban aquellos días, después de oír misa, ella y su madre, á visitar á una pobre enferma del pecho, á la mujer del zapatero del portal, que estaba ya sacramentada, y todos los días iban á llevarla limosna y á consolarla y hacerla compañía desde las once hasta cerca de la una.

—¿Y cuándo lo supiste?

—Cuando ya no tenía remedio... Poco hace todavía que he tenido el dolor de enterarme de todo, por un sacerdote que fué capellán de la casa y que ha cometido la inadvertencia, ó no sé si la crueldad, de contármelo.

—¿Y cómo se mostraba ella desde luego tan favorable á tus primeras insinuaciones?... ¿Te conocía?

—¡Claro que me conocía! Verás... Había oído hablar mucho de mí en la temporada aquella de mi mayor lucimiento literario y político de que te hablé antes, y como era de

las mismas ideas mías, leía con fruición y complacencia, todas las noches, mi obra en el periódico, y también mis versos en los semanarios ilustrados donde aparecían... Estaba enamorada de mí sin conocerme...

Procurándolo muy á finas veras, fué una noche á una sesión de la Juventud Católica y allí me vió; y como también exteriormente fuí de su agrado, su afición creció hasta el punto de estar hablando de mí y pensando en mí continuamente.

Fué alguna otra noche á la Juventud Católica, según me ha dicho el capellán, buscando la ocasión de que alguien me presentase á ella, mas no la halló fácil como quería; es decir, que no pudo conseguirlo disimuladamente. Llegó á pensar en escribirme ella misma con algún pretexto, dándome la enhorabuena como correligionaria por alguno de mis artículos, ó pidiéndome copia de alguna composición poética de las que más la habían gustado, ó con otro motivo cualquiera que sirviese para trabar amistad, que luego pudiera sufrir la transformación conveniente. Mas al fin nada de esto se atrevió á hacer, por creerlo fuera de los usos corrientes, y determinó poner el caso en manos de Dios, pidiéndole la realización de su deseo por la intercesión de los santos, y precisamente para eso, para pedirle que yo me fijara en ella, estaba haciendo aquella novena á San Antonio.

Al tercer día de la novena aparecí yo en la iglesia... y naturalmente, sospechó que iba por ella y que era San Antonio quien me llevaba. Y cuando al día siguiente volví y me fijé en ella más y la miré mucho y la seguí por la calle, tuvo ya por seguro que San Antonio había hecho el milagro...

Y sí le habría hecho; pero se le deshizo el demonio... el demonio de la soberbia y del orgullo y del apegamiento al propio parecer...

Por algo dijo Campoamor, en su humorismo habitual, que

«En materias de amor y matrimonio puede más que los santos el demonio».

Como ella estaba en cuenta de que yo la conocía y de que al seguirla sabía quién era, cuando vió que después de haber comenzado á demostrarla afición me retiré completamente, creyó que era que no me había gustado por su figura ó por otra cualquier circunstancia, y pasó muchísima pena, pero siguió queriéndome resignada y sin perder la esperanza del todo...

Después comenzó á pretenderla un primogénito de marqués muy acaudalado, pero muy majadero, y no le hacía caso, naturalmente. Pero no sé quién habló á la madre en su favor, diciéndola que, aunque no era de muchos alcances, era un buen muchacho que sabría

estimar y considerar á su mujer; y la buena señora, en su deseo de no dejar á su hija soltera el día de su muerte, que ya creía cercano, empezó á interesarse por él y á aconsejarla á ella que le aceptara.

La pobre niña, que quería muchísimo á su madre, pero que sentía mucha repugnancia por semejante novio, por no verse en el caso de tener que ir de plano contra la voluntad de aquella á quien más sentía disgustar negándose á aceptar el matrimonio que la proponía, la pareció mejor decir que no pensaba casarse con nadie y que tenía determinado dejar el mundo.

Y, en efecto, así lo confirmó poco después, retirándose al convento de Santo Domingo, donde profesó y donde, como no tenía naturaleza para la vida claustral y penitente, creo que vive enfermucha, después de haber muerto su madre de hipocondría, originada por la tristeza de verse separada de ella.

—Ya ves—concluyó Juan muy triste—cuántas desgracias acarreadas por mi equivocación, por mi desidia, por no haber dado un par de azadonadas más..., por no haber preguntado al zapatero quiénes eran aquellas señoras...

XI

EL OYENTE